

Los indios y el Acueducto

JOSE ANTONIO ABELLA

HABIA pensado comenzar este artículo imaginando a un aborigen sobre cierto tejado del Azoguejo, con una manta en las manos y de frente al Acueducto, haciendo señales de humo que dijeran: SOS, SOS... Pero, por eso de guardar la compostura, me parece que será mejor hacerlo diciendo, por ejemplo, que pocas actuaciones municipales pasarán a la Historia con unas letras menos endebles que las del humo. Esto me parece algo fuera de toda duda y, por otro lado, absolutamente normal: los gobiernos de un ayuntamiento no están para escribir esa gran Historia de los acontecimientos con letras mayúsculas, de bronce para más señas, sino esa otra pequeña historia, no por humilde y aburrida menos importante, que es la gestión de cada día.

Algunos hechos, sin embargo, habrán de pasar a la *Historia de la Insigne Ciudad de Segovia* que un redivivo e hipotético Colmenares del siglo XXI habrá de contar algún día, cuando ya nuestros huesos contemplen el devenir de la plaza Oriental desde el postigo sin consuelo de ese acueducto por donde Caronte navegaba. Y uno de esos hechos para el futuro, probablemente, sea la supre-

sión del tráfico bajo ese otro acueducto de nuestras glorias pasadas y nuestras penas presentes.

Acepto, de antemano, que esta suposición es completamente subjetiva. Y lo acepto porque veo que a una gran parte de la ciudad —que no sólo está hecha de calles y monumentos, sino también de personas— esta medida le parece completamente inadecuada. El porqué de esta disconformidad ya es harina de otro costal. Básicamente, las razones de tan extendida falta de acuerdo dividen a la ciudadanía en dos grandes grupos, olvidándonos de sutilezas, y de un tercer grupo, acaso de los más numerosos, al que todo esto le resbala.

Por una parte están los que opinan que tamaño lío responde tan sólo al exceso de celo de unos ediles con ganas de jorobar; como avanzada de este grupo podríamos colocar a esos intrépidos taxistas que, acaso tratando de emular a Carlos Sainz en una carrera de obstáculos con forma de maceta, decidieron volver a pasar bajo los arcos del Acueducto hace unos días..., y sin que la más mínima chinita les cayera sobre el capó del taxi, oiga.

Del otro lado están —estamos— quienes también creemos que esta medida es inadecuada, pero ¡ojo!, no

por innecesaria, sino por insuficiente. Para este grupo no basta con suprimir el tráfico de automóviles bajo el Acueducto, sino que hay que alejarlo todo lo posible de sus arcos. No basta con alejar los gases de los tubos de escape, sino que hay que controlar esa humareda matutina de hornos de asar y chimeneas cercanas, con la que mi hipotético indígena pedía que los cielos auxiliaran a las piedras de sus ancestros (¿sería tan difícil colocar filtros?). No basta con reinstaurar el Mercado de los Jueves en el Azoguejo, sino que hay que propiciar un amplio espacio peatonal y cotidiano a todo lo largo del monumento, con las procedentes medidas de respeto a sus pilares: vallas protectoras, aunque discretas, y vigilancia incluidas.

El Acueducto es el padre de Segovia; pero ya se sabe que esta sociedad de fin de milenio es ingrata con sus mayores y torpe con sus enseñanzas. Y una de las mejores formas de enseñar esta ciudad a propios y extraños sería la creación de un *corredor cultural* en todo su trayecto, tanto en la parte visible del Acueducto como en la parte oculta bajo el pavimento, descubriendo esta última todo lo que se pueda —que seguramente no sería poco— y señalizando su recorrido en los tramos

donde no fuera posible dicha recuperación. ¿Se imaginan ustedes la plaza de las Arquetas mostrando el origen de su nombre? ¿O un paseo arqueológico desde los desarenadores hasta el *Castellum aquae*, junto al Seminario, y desde aquí, pasando por la Catedral y por las Canonjías, hasta el mismísimo Alcázar? Por último, para los menos dados a soñar, ¿se imaginan las repercusiones económicas que una ordenación adecuada de nuestro mejor recurso turístico daría a esa parte de la ciudad que somos los ciudadanos?

Más de un amigo en visita por estos lares, coincidiendo con algún que otro experto, tras observar el caos consentido de esta ciudad, me ha dicho que el peor enemigo de Segovia le parecían los propios segovianos. Ustedes sabrán perdonar a mis amigos. Ellos son aves de paso que vienen y se van después de hacer cuatro fotos para el álbum de su pequeña historia familiar. Nosotros, por el contrario, tenemos una Historia que incluso estaba escrita con letras de bronce en lo alto de los mismísimos arcos del Azoguejo. ¡Qué sabrán los pobres! Ellos son forasteros y nosotros indígenas. Nosotros somos de aquí, sí señor, y bastante tenemos con aguantarles y con procurar no salir en sus fotos haciendo el indio.